

Pero estos preciosos efectos que la enseñanza católica engendra en el orden natural, no son otra cosa que la consecuencia de los efectos, más importantes aún, que ella produce en el orden sobrenatural. La verdadera fe jamás se halla separada de la gracia, que la produce y que, mientras la fortifica, la eleva, la perfecciona y la hace ser para el entendimiento un origen secreto de paz y de tranquilidad espiritual y divina, á la que el hereje y el protestante son absolutamente extraños, y son ellos una prueba viviente de la verdad de la sentencia de Isaías: «Que el corazón del impío es semejante á un mar combatido siempre por la tempestad.» Así en verdad, hermanos míos, os confieso, para gloria de Dios y edificación de todos, que conozco todo el valor y la suerte de ser hijo y discípulo de la verdadera Iglesia, siento todo el peso del reconocimiento que debo á Dios por tan gran beneficio, y experimento un sentimiento tan exquisito de consuelo y de gozo espiritual, que no puedo explicarlo.

Estos mismos sentimientos los experimentáis vosotros, que tenéis la misma gloria y la misma felicidad de poseer la certeza, la seguridad, la plenitud y la paz de la verdadera fe; los experimenta toda alma católica que cree con una fe humilde, sincera, ferviente y amorosa la palabra de Dios, revelada y enseñada por el magisterio infalible de la Iglesia católica. ¡Oh felicidad del verdadero hijo de la Iglesia, y por lo mismo verdadero discípulo de Jesucristo! Seguro él de poseer la verdad de Dios, no sólo la sostiene con cuidado y la estrecha contra su seno con placer, sino que se abandona á ella, se coloca en ella y reposa en ella con una inmensa confianza, con una tranquilidad perfecta. Apenas se encuentra ya diferencia entre ver y creer, entre poseer y esperar; le parece que tiene ante sus ojos lo que cree con el entendimiento y con el corazón, y de este modo experimenta aquí en la tierra, por medio de la fe, las primicias de aquella inteligencia, de aquel gozo infinito, que será el fruto de la visión de Dios en los cielos: *Gavisí sunt discipuli, viso Domino*.

Pero recordemos que ni aun nosotros mismos los católicos podemos gozar de esta paz deliciosa de la inteligencia, fruto de la verdadera fe, si no tenemos en el corazón la paz de los afectos, que es el fruto de la gracia. El corazón en tumulto por el desorden de las pasiones, no permite que se sienta el gozo del entendimiento, que se halla en calma por la verdad de la fe. Cuando se vive como se cree, cuando la fe está en armonía con las obras, la profesión con la vida y el entendimiento con el corazón, entonces solo es cuando la paz de Dios, que excede á todo deleite mundano, desciende sobre el hombre, posee toda su alma y la hace verdaderamente feliz aun en la

tierra. ¡Oh paz del alma, que el mundo promete siempre, sin poderla dar jamás! ¡Oh paz del alma, que todos la buscamos, y son pocos los que la encuentran! ¡Oh paz del alma, verdadero tesoro, consuelo y delicia de quien la posee! ¡Oh paz del alma, que desciende de las llagas de Jesucristo resucitado, que sólo se encuentra al pie del árbol de la cruz, y que sólo germina en el campo de la verdadera Iglesia! ¡Oh paz del alma, que comienza en la inteligencia por la fe de la palabra divina, y desciende al corazón por la posesión de la divina caridad! ¡Ay! ¡Conservadla cuidadosamente, cristianos, si tenéis la suerte de poseerla, y si os halláis privados de ella, sacrificad voluntariamente el entendimiento y el corazón para adquirirla por medio de la humildad de la fe y santidad de la vida, porque el que procura esta paz celestial y divina en el tiempo, puede confiadamente esperar con la gracia del Señor encontrarla después en la eternidad. *Amén*.

SOBRE LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

Christus resurrexit ex mortuis.... Absorpta est mors in victoria. Ubi est, mors, victoria tua?

Jesucristo ha resucitado de entre los muertos.... La muerte ha sido absorbida por la victoria. ¡Oh muerte! ¿en dónde está tu victoria?

(S. PABLO, I, AD COR. XV, v. 20 y 54.)

Al comenzar, hermanos míos, los cuarenta días de salud y de penitencia, que la Iglesia renueva periódicamente para nuestra santificación, el sacerdote del Señor derramando sobre nuestras cabezas humilladas el triste simbolo de nuestra mortalidad, nos recuerda la flaqueza de nuestro ser y la nada de nuestro principio, dirigiéndonos estas lúgubres y aterradoras palabras: *pulvis es et in pulverem revertetur*. Mortales: la hoz inexorable de la muerte siega nuestras generaciones, como se corta la yerba de los campos. Su bárbara mano se

cebará en vosotros hasta destruirlos: pronto os veréis reducidos á frias cenizas, encerrados en un sepulcro. Pero en este día el más dichoso, el más angusto de todos los días consagrados á Dios nuestro Señor, en este día en que la Iglesia, animada por un júbilo y entusiasmo celestial celebra la Resurrección y el triunfo del Restaurador de la inmortalidad, el espíritu de Dios me manda sustituir á las cenizas que habíamos impreso en vuestras frentes, señales de alegría y de gloria; y á las fútiles palabras de polvo y de podredumbre las palabras consoladoras de vida y de eternidad. Vengo, pues, hermanos míos, en este solemne día, á manifestaros cómo la Resurrección de Jesucristo es prenda segura de nuestra resurrección futura, y la que anima nuestra esperanza. *Ave María.*

Entre todos los milagros, hermanos míos, de nuestra religión, ninguno, dice San Agustín, ha sido más impugnado que el milagro de la resurrección de los hombres; porque no hay otro que más los contenga en su obligación, ni que más los sujete á las leyes divinas. Porque si los hombres han de resucitar, luego hay otra vida distinta de ésta y así todas nuestras esperanzas no se acaban con la muerte; luego tenemos un destino bueno ó malo que esperar en la eternidad; luego nos reserva Dios para otras recompensas ó para otras penas distintas de las que vemos; siendo el asunto de nuestra mayor importancia el trabajar aquí para merecer las unas y evitar las otras; luego es necesario dirigir nuestras acciones á este fin, y todo lo demás debe sernos indiferente; y de esta suerte somos reprehensibles cuando nos turbamos con las miserias de esta vida y nos dejamos arrastrar del lustre de las prosperidades humanas; luego la virtud sola es en este mundo nuestro sólido y nuestro único bien. Todas estas consecuencias se infieren necesariamente del principio de la resurrección de los muertos: por lo que Tertuliano empieza la excelente obra que compuso sobre esta materia con estas elegantes palabras: *Fiducia christianorum, resurrectio mortuorum.* La resurrección de los muertos es la esperanza de los cristianos. Por el contrario, dice San Pablo, si nosotros no hemos de resucitar, y nuestras esperanzas están ceñidas á la felicidad de este mundo, somos los más miserables de todos los hombres, porque todo cuanto hacemos es inútil. En vano es que nos expongamos á tantos peligros, y en vano que yo haya sostenido en Efeso tantos combates por la fe; ya no hay más conducta, ni más regla que observar; y se puede conceder á los sentidos todo lo que pidan y quieran; la obligación y la piedad son bienes imaginarios, y el interés presente es el único bien que debe gobernarnos. Observad,

cristianos, que de este error: *los hombres no han de resucitar*, sacaba el apóstol todas estas conclusiones por un discurso teológico, cuya eficacia aun en el día hay pocas personas que la comprendan: pero San Juan Crisóstomo le aclaró bien, reflexionando contra quiénes tenía entonces que disputar San Pablo. No era, observa aquel Padre, contra los herejes, que reconociendo la inmortalidad de las almas, no quisiesen reconocer la resurrección de los cuerpos, pues su argumento hubiera sido nulo: combatía, si, á los libertinos y ateístas, que niegan la resurrección de los cuerpos, porque no quieren creer en la inmortalidad de las almas, ni en la vida eterna. Porque aunque estos dos errores tienen entre sí una conexión absolutamente necesaria, no obstante, están juntos inseparablemente en la opinión de los impíos, que procurando borrar de sus espíritus la idea de las cosas eternas para ponerse en posesión de pecar con más libertad, y sin temor del castigo, quieren abolir primeramente la fe de la resurrección de los cuerpos, y por una continuación y progreso propio de la infidelidad, y que es casi inevitable, se ciegan después hasta persuadirse de que las almas no son inmortales. Y ved porqué usa San Pablo de las mismas armas para destruir estas dos impiedades.

Pero, sea lo que fuere, yo digo, cristianos, para ceñirme precisamente á mi asunto, que en la Resurrección de Jesucristo tenemos una prenda sensible y segura de nuestra resurrección; y la razón es, porque en la Resurrección del Salvador hallamos á un tiempo mismo el principio, el motivo y el modelo de la nuestra. El principio por donde Dios puede resucitarnos, el motivo que obliga á Dios á resucitarnos, y el modelo según el cual quiere Dios resucitarnos; esto pide toda vuestra atención.

Primeramente quiero haceros ver que nosotros tenemos en la Resurrección del Hijo de Dios el principio de la nuestra; y la razón es, porque esta resurrección milagrosa es de parte de Jesucristo el efecto de un poder y virtud soberana y omnipotente. Pues si tuvo poder para resucitarse á sí mismo, ¿porqué no podrá hacer en los demás lo que hizo en su persona? ¿Acaso es menos poderoso en mí, y para mí, que lo es en sí, y para sí? Si tiene siempre la misma virtud, ¿no estará siempre en estado de obrar los mismos milagros?

Con este infinito poder penetrará los abismos del mar, las entrañas de la tierra, lo profundo de las grutas y de las cavernas, y los lugares más incultos y tenebrosos del mundo; recogerá las reliquias de nuestros cuerpos que la muerte había destruido, y juntará todas estas cenizas dispersas, y aun estando entonces todas insensibles, las hará escuchar su voz y las reanimará.

Así lo comprendía San Pablo hablando a los primeros fieles: Jesucristo ha resucitado, hermanos míos, les decía aquel maestro de las naciones, esto se os anuncia y vosotros lo creéis; pero lo que me admira, añadía aquel grande apóstol, es que habiendo resucitado este Dios hombre, aún haya entre vosotros algunos que se atreven a dudar de la resurrección de los hombres. Pero lo uno es consiguiente a lo otro; y este Dios que ha resucitado reparará las ruinas de la muerte, y restablecerá vuestros cuerpos en su primera forma y en su primer estado: *Quí reformabit corpus humilitatis nostræ*. Pero, aun pregunto: ¿y cómo obrará este milagro? ¿Será solamente por el efecto de su intercesión? ¿Será solamente por la virtud de sus méritos? No será por esto, observa San Juan Crisóstomo, antes el apóstol nos da a entender que esto será por el dominio absoluto que tiene este Hombre-Dios sobre toda la naturaleza: *Secundum operationem qua etiam possit subjicere sibi omnia*.

Del mismo modo lo comprendió el patriarca Job, aquel hombre suscitado por Dios tres mil años antes que Jesucristo, para que hablase en términos tan precisos y tan fuertes, y para que vaticinase tan claramente la Resurrección del Salvador y la nuestra. Yo creo, exclamaba para animarse a sí mismo y para sostenerse en sus trabajos, yo creo y sé que mi Redentor está vivo, y que después de los trabajos de esta vida, y después de haber pagado tributo a la muerte, he de resucitar en mi propia carne: *Scio enim quod Redemptor meus vivit*, estas palabras son dignas de atención, *et in novissimo die de terra surrecturus sum*. Ved, pues, el enlace que pone entre estas dos resurrecciones: la de Jesucristo su Redentor y la suya propia. ¿Qué hubiera dicho si viviera en nuestros días, y hubiera sido testigo, como nosotros, de esta resurrección gloriosa del Hijo de Dios, en la que, no solamente hallamos el principio de la nuestra, sino en la que también vemos el motivo de ella?

Porque es natural que los miembros estén unidos a su cabeza; y habiéndose ésta resucitado a sí misma, ¿no es consiguiente el que haya de resucitar consigo a sus miembros? Jesucristo es nuestra cabeza, y todos nosotros somos miembros de Jesucristo: con que bien puedo aplicar a este misterio lo que San León decía de la triunfante Ascensión del Salvador a los cielos, que allí donde subió la cabeza, deben seguirle sus miembros: y así como Jesucristo, según el pensamiento de este gran santo, no solamente volvió a entrar en la morada de su gloria para sí mismo, sino para nosotros, esto es, para abrirnos las puertas de ella, y para llamarnos a ella después de él; por la misma regla, y en el mismo sentido puedo yo muy bien inferir, que por

nosotros rompió las puertas de la muerte, que por nosotros salió del sepulcro, y que por nosotros ha resucitado. Y ciertamente, si quiere, según la cualidad que tiene de cabeza nuestra, que sus miembros obren como él, que padezcan como él, que vivan como él, y que mueran como él, ¿por qué no querrá que resuciten también como él? ¿No es justo que haciéndonos tomar parte en sus trabajos, nos haga tener parte también en su recompensa? Y pues una parte de ella es la gloria de su cuerpo, pues este cuerpo adorable entró con su alma a participar de los méritos, ¿no es por esto mismo equitativo el recompensar en nosotros el cuerpo y el alma juntamente? Esta es la excelente Teología de San Pablo, que está llena de consuelo; y por esto este grande apóstol le llama Primicias de los muertos: *Primitiæ dormientium*, y el Primogénito de entre los muertos: *Primogenitus ex mortuis*. Las primicias suponen haber más; y para ser primogénito, o si queréis, para que sea el primero que ha resucitado de entre los muertos, es necesario que éstos deban renacer igualmente al fin de los siglos, y vuelvan a tomar una nueva vida. Verdad es esta tan indisputable en la doctrina de San Pablo, que no tiene dificultad en decir, que si los muertos no habían de resucitar después de la Resurrección de Jesucristo, y en virtud de esta bienaventurada resurrección, se seguiría, que no había sido aquella sino una resurrección imaginaria y supuesta: *Si autem resurrectio mortuorum non est, neque Christus resurrexit*.

Verdad es, amados oyentes míos, que nosotros resucitaremos por Jesucristo, y por el poder de Jesucristo; verdad es que resucitaremos porque Jesucristo ha resucitado; y para poner el complemento a nuestra esperanza, añado, que aun resucitaremos semejantes a Jesucristo, y que su resurrección es el modelo de la nuestra. Pregunta San Agustín: ¿Por qué quiso Dios que la Resurrección de su Hijo fuese tan evidente? ¿Y por qué el Hijo único de Dios puso tanto empeño en darla a conocer y en publicarla? ¡Ah! responde este santo doctor, esto fué para descubrirnos sensiblemente en su persona la vasta extensión de nuestras pretensiones, y para hacernos comprender, viendo lo que es Cristo resucitado, lo que seremos nosotros, y lo que podemos llegar a ser. Yo no tengo que hacer más que representarme lo más hermoso y brillante del triunfo de mi Salvador; no tengo más que contemplar aquella humanidad gloriosa, y aquel cuerpo que, aunque material, está adornado con todas las cualidades de los espíritus, y está resplandeciente y coronado con un resplandor eterno. Este es el dichoso estado a que yo mismo he de ser elevado, y lo que la fe me promete. Esperanza es esta, fundada sobre la palabra

misma de Dios, pues palabra de Dios es la de su apóstol, y éste dice: Cuando Dios vendrá á sacar nuestros cuerpos del polvo y á reanimarlos con su aliento, será para conformarlos con el divino ejemplar que se nos propone en la Resurrección de Jesucristo. Ahora están nuestros cuerpos sujetos á la corrupción y á la podredumbre; ahora son cuerpos frágiles y sujetos á la muerte, y ahora no son más que una carne grosera, vil y despreciable; pero entonces, por una mutación tan pronta como prodigiosa, tendrán, por decirlo así, la misma incorruptibilidad que el cuerpo de Cristo, la misma impassibilidad, la misma inmortalidad, la misma sutileza y la misma claridad: *Configuratum corpori claritatis sue*. Todo esto, hermanos míos, sucederá; pero ha de ser con una condición, y es que nosotros trabajaremos en la presente vida para santificarlos por medio de la mortificación y penitencia cristiana. Porque si hemos halagado nuestros cuerpos, si hemos idolatrado en ellos, si les hemos concedido cuanto pedía un deseo sensual, y si por este motivo hemos hecho de ellos unos cuerpos de pecado, resucitarán, es verdad, pero ¿cómo? Como objetos de horror, para servir de confusión al alma, y para darla parte en su tormento, después de haber servido y sido cómplice en sus delitos.

¡Ah, cristianos, qué verdades tan grandes! ¡Desgraciado del que no las cree; desgraciado del que las cree y vive como si no las creyera, y dichoso mil veces aquel que, no contento con creerlas, las hace regla de su vida, y saca de ellas poderosos motivos para animar su fervor!

Pero vosotros me diréis: ¿cómo se ha de comprender esta resurrección de los muertos? No se trata aquí, amados oyentes míos, de comprenderla para creerla, sino de creerla aun cuando fuera absolutamente incomprensible. Porque, que la comprendáis ó no, no es esto lo que la hace más ó menos verdadera, más ó menos cierta, ni por consecuencia, más ó menos creíble. No obstante, tengo motivo para admirarme, amados hermanos míos, de que haya quien se glorie de tener una penetración y talento superior, y forme sobre este punto tantas dificultades: como si esta resurrección no fuera evidentemente posible á Dios nuestro Criador: porque, como dice San Agustín, si de la nada ha podido crear nuestros cuerpos, ¿no podrá formarlos segunda vez de su propia materia? ¿Y quién le estorbará que restablezca ó restaure lo que antes era, pues pudo hacer lo que jamás había sido? Como si esta resurrección no fuese fácil á Dios que es todo poderoso, y que nada resiste á su poder sin límites; y como si todas las criaturas no nos diesen un testimonio sensible de esta resurrección. Un grano de trigo muere entre la tierra, esta es la com-

paración de San Pablo, y es necesario, en efecto, que este pequeño grano se pudra y muera; pero, después, ¿no le vemos nosotros renacer? ¿Y no es extraño, que lo que os hace dudar de vuestra resurrección sea lo mismo con que ha querido la Providencia hacérsela más inteligible? Como si esta resurrección no fuera muy conforme á los principios de la naturaleza, que por la inclinación mutua del cuerpo y del alma, y por el estrecho enlace que hay entre uno y otro, pide que eternamente estén unidos. Como si la fe de esta resurrección no fuese una de aquellas nociones más universales y más comunes que se han esparcido por el mundo: aquellos mismos, decía Tertuliano, que niegan la resurrección, la reconocen á pesar suyo en las ceremonias que se ejecutan con los difuntos. El cuidado de adornar y hermosear sus sepulcros, y el de conservar sus cenizas, es un testimonio tanto más divino, cuanto es más natural. No solamente, añadía, se ha creído entre los cristianos y entre los judíos, que los hombres habían de resucitar, sino también se ha creído entre los pueblos más bárbaros y entre los paganos é idólatras; y no ha sido ésta solamente una opinión vulgar, sino el dictamen de los sabios y de los doctos. Como si Dios, en fin, no nos hubiera hecho fácil y posible esta resurrección por otras que se han visto y refieren testigos fidedignos, y que no podemos tener por sospechosos sin desmentir las Divinas Escrituras y las historias más auténticas. ¡Ah! amados oyentes míos; recurramos al origen del mal, y aprended bien de una vez á conocerlos á vosotros mismos. Vosotros tenéis dificultad en persuadiros que hay otra vida, una resurrección y un juicio al fin de los siglos, porque persuadidos de esto sería necesario tener una conducta enteramente nueva, cuyas consecuencias teméis; pero las consecuencias de vuestro libertinaje, ¿son para vosotros menos terribles y menos espantosas? Dios, independientemente de vuestra voluntad, os ha creado sin vosotros, y sabrá muy bien resucitaros sin vosotros, y á pesar vuestro. Dice San Agustín: Vuestra resurrección no depende de vuestra fe; pero la felicidad ó desgracia de vuestra resurrección depende de vuestra fe y de vuestras obras. ¡Qué susto tendréis, y qué desesperación en aquel último día, si habéis de resucitar para oír la sentencia auténtica y solemne de vuestra condenación! Si habéis de resucitar para entrar en las tinieblas del infierno, desde las sombras de la muerte, y si habéis de resucitar para consumir vuestra condenación por la reunión de alma y cuerpo, ¿porqué en un asunto de tanta importancia no habréis querido tomar un partido tan sabio y tan cierto como el de creer y el de vivir bien?

Acabemos, amados oyentes míos. Dichoso aquel que cree y espera

una resurrección gloriosa, y con el ejercicio de todas las obras cristianas y con la santidad de sus costumbres, se pone en estado de merecerla. Esto era lo que animaba á San Pablo, lo que consolaba á la Iglesia cuando estaba en su cuna y perseguida, y lo que en la sucesión de los siglos ha sostenido á tantos mártires, á tantos solitarios y á tantos religiosos. Nosotros, decían, padecemos, mortificamos nuestros cuerpos y nos privamos de los placeres que el mundo nos presenta; pero esto no es en vano, que, pues estamos seguros de que el alma sobrevive al cuerpo, y que en la última consumación de los tiempos el cuerpo ha de volverse á juntar al alma para empezar juntos una vida inmortal; nosotros tenemos motivo para alegrarnos y regocijarnos con el pensamiento de que entonces quedaremos abundantemente pagados con una felicidad absoluta de todo lo que hayamos dejado en el mundo, y de todos los sacrificios que hubiéramos hecho á Dios. Esto debiera inspirar el mismo celo y el mismo fervor á todas las almas piadosas que aquí me escuchan; y aun digo más, esto es lo que debe santificar á todos los cristianos con quienes hablo. Penetrémonos, pues, hermanos míos, de tan saludables verdades, y entonces fácilmente, con la gracia del Señor, domaremos nuestras pasiones y concupiscencias, reduciendo á servidumbre nuestro cuerpo, como dice el Apóstol, y así podremos confiados, esperar que nuestros cuerpos, así como fueron en la tierra instrumento y medio de santificación de nuestra alma, también participarán de su gloria en el cielo después de la resurrección en el último de los tiempos. Así sea.

ASCENSIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Non in manufacta sancta introiit Jesus, exemplaria verorum sed in ipsum caelum ut appareat nunc vultus Dei pro vobis.

Jesucristo no entró, en el santuario, obra del hombre y simple figura de lo verdadero, sino que entró en el cielo mismo, para presentarse eternamente por nosotros ante la faz de Dios.

(HEBR., IX, v. 24)

Al gran sacerdote de los judíos, hermanos míos, estaba reservado el derecho de entrar, una vez al año, en aquella parte del templo de Jerusalén llamada el *Santo de los Santos*. Aquel santuario, obra de las manos de los hombres, y construido por orden de Salomón, no era más que el símbolo y la representación de las realidades futuras. *In manufacta sancta exemplaria verorum*. Así que, el gran sacerdote no comparecía más que delante del Arca, monumento de la alianza divina, pero en la que Dios no hacía descender su gloria sino excepcionalmente y por un verdadero milagro.

A Jesucristo pertenecía entrar el primero en esa mansión celestial, obra del mismo Dios, morada de gloria y de felicidad sin fin: *In ipsum caelum*. A él, en quien habitaba corporalmente la Divinidad, pertenecía el presentarse sin velos ni símbolos, ante el rostro de Aquél cuya gloria y esplendor expresa y refleja: *Ut appareat nunc vultus Dei*.

La entrada del sumo sacerdote de los judíos en el santuario terrestre no era más que una ceremonia estéril, que no tenía otra utilidad que preparar la revelación de nuestras esperanzas y figurar su cumplimiento. Pero la entrada de Jesucristo en el santuario de los cielos es el complemento de la misión del Redentor, es la toma de posesión de la herencia que había venido á conquistar á la humanidad entera, es la continuación de ese sacrificio ofrecido por nosotros en el tiempo, y que debe perpetuarse en la eternidad.

Es, pues, para nosotros de un interés inmenso el ministerio que

Jesucristo fué á inaugurar en ese día, y para nosotros, en los cielos. Por nosotros, y por nuestra salvación, había humillado ó abatido su gloria; abatimiento inefable, que en la lengua de la Iglesia no ha podido ser expresado más que con estas palabras: «Descendió de los cielos:» *Descendit de caelis*. También por nosotros, y en nuestro provecho, en este día ha realizado su gloria, y ha opuesto á lo profundo de su abatimiento la sublimidad de su exaltación.

Illuminado por el Espíritu de Dios, el rey David había conocido perfectamente, más de diez siglos antes del acontecimiento, todo cuanto en él había de magníficas ventajas y de inefable utilidad para nosotros en el misterio de la Ascensión. He ahí por qué, lleno de entusiasmo profético, exclamaba: «Pueblos y naciones del mundo entero, aplaudid con las manos, entregaos delante de Dios á los transportes del más vivo júbilo y de la más santa satisfacción; entonad himnos de triunfo en honor del que desde el Oriente se eleva sobre los cielos.

Para justificar, pues, esos transportes de alegría, para despertarlos más y más en los corazones de los verdaderos cristianos, y para depurarlos completamente haciéndolos servir para nuestra santificación, queremos hacer como una reseña histórica de la ascensión del Salvador, y exponer en seguida, según San Pablo, alguna cosa acerca del grande misterio que Jesucristo llena por nosotros en los cielos. *Ave María*.

Habiendo, hermanos míos, terminado la misión que había venido á cumplir sobre la tierra, Jesucristo quiso darla una conclusión digna de sí mismo y del que le había enviado. Eligió los testigos de su triunfo, como ya había elegido los de sus humillaciones. Sólo que aquí son más numerosos; porque si el Salvador no llama más que á las almas escogidas para las más terribles pruebas, tiene para sostener el valor de los débiles la esperanza de la recompensa. Además, como Dios había decretado fundar sobre el testimonio la prueba auténtica de la religión, quiso que el grande hecho de su Ascensión gloriosa fuese comprobado por testigos irrecusables. En presencia, pues, de todo el colegio apostólico, de su Santísima Madre, de las santas mujeres y de todos los que en seguida se encerraron en el cenáculo, Jesús, dejando impresos sobre la piedra los vestigios de sus pies adorables, comenzó á elevarse hacia los cielos por la sola virtud de su omnipotencia. *Videntibus illis elevatus est*.

¡Oh ascensión!... ¡Oh partida!... ¿Es posible, dice San Cipriano, imaginar nada más magnífico ni más glorioso que esa partida y esa ascensión?

Cuéntase del profeta Elias que fué arrebatado al cielo en un carro de fuego; para darnos á entender, dice San Gregorio, que Elias, aunque profeta de Dios, en el fondo no era más que un hombre, y tenía necesidad de un auxilio exterior para elevarse sobre la tierra. Pero de Jesús se dice que se elevó el mismo para que fuese notorio que siendo Dios y hombre á un mismo tiempo, sólo su virtud divina le bastaba, y que el que crió todas las cosas no tenía necesidad del ministerio ni del auxilio de criatura alguna.

San Lucas nos ha transmitido otra particularidad tocante á la ascensión; y es que nuestro amable Salvador, en el momento de abandonar la tierra, elevando hacia lo alto sus divinas manos, bendijo con tierno afecto á sus Apóstoles, á su Santísima Madre, á las santas mujeres y á todos sus discípulos. No lo dudemos, bendijo en ellos á toda la Iglesia que había fundado, á toda la humanidad que había rescatado, y á la que ofrecía la gracia del Evangelio; á toda la tierra que había santificado con la efusión de su sangre, que había al menos preparado para la propagación de su religión santa, y en que ciertamente había debilitado el imperio del demonio. No sólo bendecía ya cuando sus sagrados pies tocaban todavía á la tierra, sino que el autor sagrado añade que el amable Salvador cuando se elevaba, continuaba bendiciendo á derecha y á izquierda, no dejando en su camino más que bendiciones. Así se completaba el carácter de la misión del Salvador, carácter todo de benignidad y ternura, comprobado por el príncipe de los Apóstoles, cuando después de Pentecostés proclamaba en el templo esta verdad consoladora: Dios, resucitando á su Hijo, le ha enviado bendiciéndoos.

¡Cuán misteriosa, cuán fecunda, cuán eficaz es esa bendición!... Se dice en el *Genesis* que Dios, después de haber criado las plantas, los animales y el hombre, bendijo á todas sus criaturas. Y he ahí que el Redentor también después de haber hecho en el orden de la gracia una creación nueva, bendice todo lo que ha regenerado. Como á consecuencia de la bendición del Dios Criador, los animales comenzaron á multiplicarse, la raza humana á propagarse, la tierra á adornarse de flores y de frutos; del mismo modo, á consecuencia de esa bendición del Dios Redentor, se vió á los fieles multiplicarse, á la Iglesia extenderse, y al universo adornarse de las flores y frutos de todas las virtudes.

El Profeta-Rey, ese Evangelista por anticipación, nos habla de los cautivos que el Salvador debía asociar á su triunfo. «Os habéis elevado, dice, hacia las alturas del cielo, y os habéis llevado con Vos numerosos cautivos.» Según la tradición de los Apóstoles, los Santos

Padres han visto en esos cautivos el acompañamiento de todos los Santos salidos de este mundo antes de la venida de Jesucristo, de todos los Santos Patriarcas, de todos los Santos Profetas, de todos los justos que aguardaban en el limbo el día de su libertad. Así se realiza la esperanza de todos los siglos; y esa multitud de nobles prisioneros, arrancados para siempre a la envidia de la muerte y del infierno, viene a realizar la gloria del triunfo de la Ascensión, y a dar a todas las generaciones la seguridad de que el cielo se halla abierto, y que no lo está para Jesucristo solo, sino para todos los que creen y esperan en él.

Al mismo tiempo, dice además aquel Profeta, la creación se conmueve, la tierra se estremece de júbilo, todas las esferas se abajan, todos los cielos se entreabren, toda frente se inclina, toda rodilla se dobla, toda inteligencia se postra a su paso; todos los ángeles aplauden, todos los santos entonan himnos, todos los instrumentos celestiales hacen oír sonidos melodiosos y arrebatadoras armonías; un júbilo universal estalla y publica ese triunfo, toda criatura adora y rinde homenaje al Rey que se eleva para ir a tomar posesión de su trono, al Dios altísimo, al Dios terrible, al Dios grande sobre todos los dioses.

¿Y por qué el Salvador muestra en su ascensión que es el triunfador sobre todos los triunfadores? ¿Un Rey sobre todos los reyes? Escuchad una voz que ha resonado en las bóvedas celestiales: «Espíritus evangélicos, príncipes de los cielos, quitad las barreras eternas, apresuraos a abrir en toda su latitud las puertas de la mansión celestial, de que sois custodios, y dejad entrar al Rey de la gloria.—¿Y cuál es ese Rey de la gloria? contestaron las falanges celestes.—El Rey de la gloria es el Señor fuerte y poderoso, el que acaba de señalar su fuerza y su poder en la lucha contra el vicio y la corrupción. El Rey de la gloria es el Dios de las santas milicias, el Dios de todos los que se hacen ilustres por los trabajos de la virtud.» Así habló la voz celestial. Penetremos, hermanos míos, en el sentido profundo de esos celestes oráculos; los triunfos de la virtud son los que Jesucristo, al entrar en los cielos, quiso reasumir y realizar en sí mismo. He ahí por qué no se contentó con hacer su entrada magnífica y gloriosa, sino que quiso que fuese la gloria y la magnificencia misma brillando y manifestándose de manera que eclipsase toda gloria y toda magnificencia.

Pero al penetrar en esas sublimes profundidades, no olvidemos que hay en ellas secretos cuya sublimidad, inaccesible a la inteligencia del hombre, es necesario respetar; secretos que no es dado a ninguna lengua humana el repetir acá abajo.

Por eso Jesús desapareció a las miradas de sus discípulos, y una inmensa nube resplandeciente de luz le envolvió y le ocultó a su vista. Ya no pudieron seguirle más que con los deseos de su corazón, con sus bendiciones y sus protestas de fidelidad y de amor.

Mas para que nada falte a la gloria del triunfador, escuchad, hermanos míos, lo que dos ángeles fueron a decir a los dichosos espectadores de su triunfo. Habían quedado completamente absortos, en un éxtasis de tristeza, a la par que de júbilo y de admiración. No podían apartar sus ojos del lado del cielo por donde Jesucristo había desaparecido. «Hombres de Galilea, les dijeron los dos mensajeros celestiales, ¿por qué tenéis fija la mirada en el cielo? El mismo Jesucristo que acaba de dejaros para subir a los cielos, volverá un día de la misma manera que le habéis visto elevarse sobre las nubes.

¡Cuán graves son esas palabras!... ¡Cuán terrible es esa profecía!... Los mensajeros del cielo nos lo significan. Cuando Jesucristo vuelva, no será ya con el exterior de la humillación, de la debilidad y del sufrimiento, como en su primer advenimiento, sino desplegando toda su gloria, su poder y su majestad, como en su ascensión a los cielos: volverá tal como subió, no como había bajado, dice San Bernardo. No será como la primera vez para ser juzgado y condenado por los hombres, sino para juzgar a su vez a los que le desconocieron, ofendieron, despreciaron, persiguieron, le ofararon y dieron muerte. Si; vendrá para juzgar el que vino para ser juzgado, dice San Agustín. Es decir, que el que había venido para salvar a los pecadores, volverá para perderlos; el que había venido para expiar el pecado, volverá para castigarle. Y así como el día de su primer advenimiento fué un día de bondad, de misericordia, de perdón, de paz, de esperanza y de alegría, el día de su último advenimiento será un día de justicia, de cólera, de amargura, de desolación y de horror.

Pero no alteremos el santo júbilo de este día con este triste pensamiento; continuemos más bien regocijándonos con San Cipriano, de una cosa tan nueva, tan extraña como el ver a nuestra naturaleza terrestre que en la persona de Jesucristo se ha elevado hoy sobre el regio trono de los cielos.

Los primeros cristianos hacían de este grande prodigio el objeto de sus meditaciones, de sus delicias y de su amor. En efecto; en las Catacumbas de Roma, por ejemplo, y particularmente en las de Santa Inés, en las que se practican excavaciones hace algunos años, en aquellos sitios subterráneos en donde vivían ocultos nuestros antiguos padres, los discípulos de los Apóstoles, los héroes del cristia-

nismo, ¿sabéis la pintura que se encuentra con más frecuencia? Pues es la de Jesús en traje de pastor, que con una oveja sobre los hombros se va al cielo, es decir, justamente el misterio de este día. Ya sabéis que el buen Pastor de que se habla en la parábola, dejando en el desierto las noventa y nueve ovejas, marchó en busca de la centésima que se le había extraviado, y habiéndola encontrado, la colocó gozoso sobre sus hombros, y la volvió al redil: sabéis, digo, que ese buen Pastor es el Verbo Eterno, el Hijo de Dios mismo, que habiendo dejado en los cielos las jerarquías angélicas, vino á la tierra á buscar á la humanidad, esa oveja extraviada por la falta del primer padre, y expuesta á ser la presa de los lobos infernales. No contento con llamar á sí con su predicación, de atraer por su gracia, y de lavar con su sangre á la raza humana en su generalidad, unió á sí, incorporó consigo y tomó sobre sí las primicias de esa humanidad por su encarnación. Jesucristo, pues, que en este día entra en el cielo con alma y cuerpo de nuestra naturaleza, y con esa oveja tomada de nuestro rebaño, Jesucristo, según San Epifanio, es el buen Pastor, que en su persona lleva sobre sus hombros y comienza á introducir en el redil celestial á la humanidad antes extraviada, la ofrece como don y homenaje á su eterno Padre.

¿Cómo, pues, hermanos míos, explicar este delicioso misterio de la humanidad elevada al cielo para reinar en él? Para ello, recurramos á la doctrina del Apóstol de las gentes, que es el que parece ha penetrado más profundamente los misterios de Jesucristo, el que conoció antes sus razones ocultas bajo la corteza de la letra, y el que mejor ha comprendido las relaciones que tienen con los hechos del Antiguo Testamento. En una palabra; San Pablo es el que mejor conoce el cielo, y todas sus magnificencias. ¿Y porqué? Porque queriendo Jesucristo que sus hermanos que quedaron acá abajo conociesen, en cuanto lo permite su condición presente, alguna cosa de su vida gloriosa, y sobre todo que conociesen bien la influencia que desde lo alto de los cielos ejerce sobre su Iglesia, concedió á San Pablo un favor muy superior á su condición mortal. Le elevó por el éxtasis y el raptó hasta el tercer cielo; le reveló directamente su Evangelio en toda su plenitud, en cuanto á la letra y en cuanto al espíritu; le hizo entender los más profundos arcanos de la Divinidad, que no le es permitido á ningún hombre articular acá abajo, y le hizo medir desde aquella altura, desde aquella latitud y desde aquella profundidad, todo lo que podía ser comunicado á las inteligencias por la fe. San Pablo, en todo lo que escribe de Jesucristo, ha hablado de lo que vió con sus propios ojos, de lo que recogió de la boca misma de

Jesucristo. Si queremos adquirir nuevas de nuestro Hermano amadísimo que está en el cielo, si queremos saber lo que hace allí por nosotros, es necesario preguntárselo á San Pablo. El nos instruirá en su admirable epístola que, dirigiéndose directamente á los hebreos, puede ser considerada como dirigida por orden de Jesucristo á la Iglesia entera.

En ella San Pablo nos hace observar que aquella solemne ceremonia de la entrada del gran sacerdote en el Santo de los santos, no era más que una figura sensible del misterio de la Ascensión de Jesucristo. *Que parabola est instantis temporis.*

En efecto, según el testimonio de Josefo, historiador judío, que en cuanto á eso nos ha transmitido el pensamiento de Salomón y de los judíos restauradores del templo, el Santo de los santos, en el que nadie podía entrar, representaba de una manera sensible el cielo que pertenece exclusivamente á Dios, y en el cual estaba prohibida la entrada al hombre caído por causa del pecado.

El gran sacerdote, único que podía entrar en el Santo de los santos, llevando en sus manos la sangre de la víctima inmolada en presencia del pueblo, representaba de manera más evidente á Jesucristo, único verdadero Gran Sacerdote, único digno de entrar en el cielo y de ofrecer allí eternamente á su Padre, en el secreto de los cielos, la víctima que él mismo había sacrificado públicamente sobre el Calvario.

Pero el Santo de los santos, después de entrar allí el gran sacerdote, volvía á quedar cerrado el resto del año, para él y para los demás. Aquella ceremonia, que se repetía cada año, y siempre sin efecto, figuraba muy bien el misterio futuro de la inmolación de Jesucristo, pero no podía darla su complemento: era muy propia para indicar sus circunstancias, pero no podía producir sus efectos, y ese Santo de los santos, inaccesible á todos, decía eloquentemente que el camino del cielo permanecía cerrado, aun para los escogidos de Dios, en tanto que durase el templo antiguo.

Hoy día han variado las cosas: Jesucristo, nos dice San Pablo, verdadero Pontífice de los bienes futuros, llevando en sus manos, no la sangre de los animales, sino la suya propia, ha entrado en el verdadero Santo de los santos, y ha dejado sus puertas abiertas para siempre, porque encontró el secreto de la redención eterna. Hoy Jesucristo no entra en un tabernáculo de fábrica humana, sino en el mismo cielo, de que el tabernáculo terrestre no era más que la figura; y ya no sale de él, sino que se queda allí, para permanecer eternamente ante su eterno Padre como intercesor, y para continuar allí

en nuestro favor las funciones de Sacerdote y de Pontífice, según el orden de Melchisedech.

Estas magníficas palabras de San Pablo nos descubren los lazos secretos, las misteriosas armonías del Antiguo y del Nuevo Testamento, las figuras y sus realidades, las profecías y su cumplimiento, la economía de las Sagradas Escrituras y la unidad de la Religión. Esas palabras nos revelan también el ministerio de misericordia, de compasión y de amor que Jesucristo ha ido á ejercer por nosotros, continuando en ser en el cielo lo que fué para nosotros sobre la tierra, nuestro medianero, nuestro patrono, nuestro abogado, no cesando, no cansándose, ni olvidando jamás el interesarse por nuestra salvación. Así nos lo hace conocer San Pablo con un lenguaje singularmente enérgico cuando parece no señalar á la permanencia de Jesucristo en los cielos otro objeto, otro fin, otra razón de ser que su continua intercesión en nuestro favor, viviendo eternamente para interceder por nosotros. ¡Palabras deliciosas y consoladoras!... ¡Jesucristo en el cielo hace, pues, de esa intercesión su ejercicio único, su exclusiva ocupación, su única delicia!... ¡Y en el seno de la gloria celestial, su vida es siempre lo que fué sobre la tierra, un recuerdo eterno de nosotros, un acto de amor no interrumpido para con nosotros, una incesante solicitud por nosotros!...

He ahí, dice San Ambrosio, porqué no quiso borrar las cicatrices de sus llagas, y si llevarlas consigo al cielo, para presentar sin cesar á su Padre el rescate de nuestra libertad. Así, para interesarse á su Padre en nuestro favor, no tiene necesidad de hablar; le basta presentarse; y eso es lo que quiso decir San Pablo con estas palabras: «Ha entrado en el cielo para estar siempre delante del rostro de Dios, é interceder en nuestro favor.» En efecto, las sagradas llagas, de que después de su resurrección quiso conservar, no sólo las cicatrices, sino también los agujeros, son la prueba siempre viva del sacrificio sangriento que el Hijo de Dios ofreció por nosotros, del premio infinito que pagó por nosotros, y de los méritos innumerables que nos ha adquirido. Por esas llagas, Jesucristo es verdaderamente ese Cordero siempre vivo y siempre degollado, de que nos habla San Juan en el Apocalipsis. Es decir, que por esas llagas, que siempre fluyen sangre y siempre están radiantes de luz, Jesucristo se halla en los cielos en estado continuo y permanente de sacrificio, en estado de víctima siempre inmolada, y siempre inmolándose por nuestra defensa y nuestra salvación. Así, pues, su actitud, su posición de víctima siempre en presencia y á la vista de Dios, es por sí sola una elocuente plática, una súplica de una eficacia y de un valor infinito en favor nuestro: *Ut appareat nunc cultus Dei pro nobis.*

No sucede con esta inmolación de Jesucristo lo que con la oblación necesaria al gran sacerdote de la antigua ley, para entrar una vez al año en el Santo de los santos. Jesucristo no tiene necesidad de renovar su inmolación por una nueva efusión de sangre, como no necesitó venir á inmolarse desde el principio del mundo, ni de repetir esa inmolación en toda la sucesión de los años de los tiempos antiguos. Le bastó el presentarse una sola vez con su *hostia* para destronar y despoecer para siempre el pecado, y para sumergir en la inmensidad de sus expiaciones la inmensidad de la deuda de los pecadores. ¿Así, lo que se hace eternamente en los cielos, no es más que la aplicación de lo que ha sido hecho y consumado en una sola vez?... ¿Tendremos ya una idea suficiente de la eficacia y de la excelencia de los méritos de Jesucristo y de su poderosa mediación?... Escuchad, es necesario penetrar todavía más en ese misterio, y para ello referir lo que se dijo en la Epístola á los hebreos, á lo que el mismo San Pablo dice en la Epístola á los efesios. Allí, aquel grande Doctor de las naciones nos revela que Jesucristo no sólo nos asoció de antemano á la gloria de su resurrección, sino también á toda la gloria, á todas las consecuencias de su ascensión al cielo. Nos ha hecho sentar de antemano con él en lo más alto de los cielos. Somos nosotros mismos; es, no tan sólo nuestro espíritu, sino toda nuestra substancia humana, espíritu y cuerpo, que le plugo colocar á la vista inmediata de su Padre. Esto es una consecuencia del gran misterio de la Encarnación del Verbo, misterio que no expresa una sencilla asimilación, sino una especie de *unificación* de los redimidos y del Redentor. Y contrayéndonos á las consideraciones particulares del misterio de este día, podemos decir que por esa unión de todos nosotros en un solo cuerpo, en una sola persona moral, Jesucristo quiso hacer como imposible una negativa por parte de aquel con quien intercede. Observado bien: todos los hombres, tanto de los antiguos como de los presentes y futuros tiempos, los judíos como los gentiles, los justos como los pecadores, se hallan de ese modo como recapitulados y representados en nuestro Señor Jesucristo. El rayo de la justicia, pronto á herir á los pecadores, queda como en suspenso, y no puede tocarlos sin pasar por la humanidad santa que se sacrificó por todos. Sólo la obstinación de los que perseveran en rechazar ó deshonrar esas magníficas prerrogativas, puede armar de nuevo el brazo de la justicia, y llegando á ser definitiva, hacerla implacable.

¡Cuán mal hacen, y en qué extraño error, en qué triste ignorancia se hallan los que desesperan de las promesas de la misericordia divina!... Justos ó pecadores, ¿porqué han de dar cabida á la tenta-

ción de la desesperación, cuando un Dios tiene cuidado de revelar-nos de ese modo las riquezas de su misericordia, los inagotables tesoros de su caridad?...

¡Ah! hermanos míos, alegrémonos en este día de gloria y exaltación de nuestro divino Salvador; consideremos que si Jesús murió por nuestros delitos y resucitó para nuestra justificación, también subió a los cielos para nuestra propia gloria y triunfo. *Amén.*

ASCENSIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

*Pro nobis praecursor introivit Jesus.
Jesucristo entró en el cielo como nuestro precursor.*

(HEBRÉOS, VI, 20.)

El profeta David había dicho, hermanos míos, que el Mesías nos-revelaría los caminos ocultos que conducen a la verdadera vida, a esa vida que consiste en ver a Dios cara á cara, a esa vida que eleva el alma hasta la diestra del mismo Dios, a esa vida que inunda el alma de delicias y de felicidad sin fin. Y, en efecto, como el mismo Jesucristo dijo cuando conversaba con los hombres sobre la tierra, él mismo ha sido para nosotros el camino, la verdad y la vida. El camino por sus ejemplos, la verdad por sus doctrinas, la vida por los prodigios de su amor. Con todo, dice San Ambrosio, sólo por el misterio de la Ascensión de Jesucristo al cielo se cumplió la profecía de David en toda su plenitud: por su Ascensión Jesucristo ha abierto en realidad el camino del cielo, en donde se encuentra la verdadera vida; ese camino cerrado é ignorado hacia tantos siglos, y que desde este día comenzó a ser conocido de todos y accesible á todos. Tal es, en efecto, el importante resultado de la ascensión que San Pablo nos invita á meditar, cuando nos presenta á Jesucristo, no como un triunfador que sólo goza de su victoria para sí mismo, sino como un precursor que fué á preparar la entrada del cielo al que quiera seguirle.

Pro nobis praecursor introivit.

Justamente ese grande y precioso resultado es el que voy á estudiar con vosotros en el misterio de la Ascensión. Con vosotros examinaré, en primer lugar, cuál es el último término, el objeto supremo de nuestra existencia acá abajo; y en segundo, cuál es el camino que debe conducirnos á ese término deseado. Esos dos puntos se encontrarán resueltos por el desarrollo del misterio de la Ascensión. *Ave Maria.*

Toda la economía de la Redención, hermanos míos, se encuentra en esta verdad fundamental que nos ha sido revelada por San Pablo, á saber: que la humanidad entera ha sido reunida y representada en Jesucristo. Porque Jesucristo, dice San León, reunía en sí la naturaleza de todos, excepto el pecado, pudo abogar por la causa de todos.

Representados de ese modo, y comprendidos todos en Jesucristo, podemos afirmar con verdad que todos esos misterios nos son comunes. Y así como, nos dice San Agustín, su Resurrección es el fundamento de nuestra esperanza, del mismo modo su Ascensión es nuestra propia gloria y nuestro propio triunfo. Ha entrado hoy en el cielo, no tanto para sí mismo como para nosotros: ha entrado en él como nuestro representante, como nuestro delegado, para tomar posesión de él en nuestro nombre. Nos ha indicado el camino, y nos ha asegurado los medios de llegar á él.

«Observad bien, en efecto, dice ese mismo Padre, que Jesucristo no subió al cielo sino en cuanto era hombre; porque en cuanto Dios, Hijo de Dios y Verbo de Dios, jamás abandonó el cielo, é seno del Padre que le engendró desde toda eternidad.» La Ascensión no tuvo, pues, lugar sino en esa naturaleza humana que tomó por nosotros y en favor de nuestra humanidad, para que, como lo dice él mismo, sus ministros, sus servidores, sus amigos, sus hermanos, estén con él y en el mismo lugar que él. No tendremos, pues, ninguna dificultad en comprender estas palabras de San Juan Crisóstomo: «Hoy, en la persona de Jesucristo, las primicias de nuestra humanidad han subido al cielo.» En el mismo sentido dice San Agustín: «Está en mi ese cuerpo que fué colgado en la cruz, que reposó en el sepulcro, que resucitó al tercer día, que hoy sube al cielo.» Por consiguiente, cuando Jesucristo entra en el cielo, la naturaleza humana, esa humanidad mortal, transportada al centro mismo de la inmortalidad, toma posesión de él en la persona de Jesucristo.

Si Jesucristo no hubiese resucitado, jamás se hubiera podido creer en la resurrección de los hombres. San Pablo lo había comprendido

muy bien cuando decía: «Si Jesucristo no hubiese resucitado, nuestra fe sería vana y sin fundamento.» Del mismo modo si Jesucristo no existiese con su cuerpo viviente en el cielo, jamás hubiéramos podido creer que esos cuerpos terrestres, mortales y corruptibles, aun depurados y transformados, fuesen encontrados dignos de ser admitidos en el cielo. Mas ahora sabemos, no sólo por la promesa revelada, sino también por el prodigio cumplido; no sólo por la palabra, sino también por el hecho, á qué atenernos por nuestra propia condición: no tenemos más que fijar la mirada de la fe sobre nuestro Señor Jesucristo. Como su Resurrección ha sido la prenda de la nuestra, del mismo modo su Ascensión es la prenda de nuestra ascensión: Lo que nosotros vemos realizado en el cuerpo de Jesucristo, nos garantiza lo que podemos esperar para el nuestro. Si; nuestro propio cuerpo, como el suyo, será recibido en el reino celestial.

Pero, ¿cómo conciliar todo eso con la declaración formal que Jesucristo ha hecho en el Evangelio, diciendo: «Nadie puede subir al cielo, excepto el que ha bajado del cielo, excepto el que, llegando á ser el Hijo del hombre, no ha cesado de residir en el cielo como Hijo de Dios?» «Guardaos, dice San Agustín, de encontrar aquí la menor dificultad; por esas mismas palabras que parecerían prohibirnos la entrada en los cielos, Jesucristo nos llama á ellos y proclama el derecho que tendremos para entrar en ellos, si lo queremos.» En efecto, en este pasaje no habla de sí mismo como individuo de nuestra especie, habla de sí mismo como jefe de la humanidad restanrada de la que todos los hombres somos miembros. En virtud de esa unidad, estábamos con él cuando descendió de los cielos, bajándose hasta nosotros, lo mismo que fuimos con él, elevándonos y transportándonos hasta las más sublimes alturas de los cielos.

Así, por su Ascensión al cielo, aunque nosotros hemos permanecido sobre la tierra, no nos hemos separado de él. Somos siempre con él ese grande cuerpo de la Iglesia, de que es el jefe ó la cabeza. Su Ascensión no es la elevación de un individuo que puede permanecer separado de los demás de la misma especie: es la elevación de un gran cuerpo que es la Iglesia, y esa cabeza no puede estar separada de sus miembros. No puede permanecer incompleto: si la cabeza está en el cielo, los miembros deben encontrarse allí también, y deben reunirse con ella. La cabeza no ha precedido á los miembros sino para sostener su esperanza.

Jesucristo, al decirnos que nadie sube al cielo más que él, quiso darnos á entender esta importante verdad: que si deseamos subir al

cielo debemos no tan sólo asemejarnos á él, sino llegar á ser el mismo, es decir, unirnos íntimamente á él, por la fe en sus doctrinas, y por la esperanza en sus promesas, por la caridad, celosa observadora de sus leyes, y por la gracia santificadora que nos incorpora á él, que nos hace llegar á ser una sola cosa con él, y que realiza entre nosotros y él, y entre todos nosotros, la unión de las tres personas divinas entre sí. Nos dijo, en una palabra: «Sed mis miembros si queréis subir al cielo.»

¡He ahí, pues, revelado el grande misterio del fin del hombre, de su porvenir eterno!... El último fin del hombre es su íntima unión con Dios en el cielo por toda la eternidad; unión íntima y perfecta, unión consumada por la asociación de todo nuestro ser, cuerpo y alma, con el cuerpo y el alma del divino mediador!...

Al pensar en la gloria y magnificencia que acompañó á la Ascensión de Jesucristo á los cielos, no puede uno dejar de exclamar con San Bernardo: «¡Dichoso término, feliz conclusión de la peregrinación del Hijo de Dios en la tierra!» Consideremos de qué lugar partió el divino triunfador, y veremos en seguida con qué condiciones podemos tener parte en su triunfo, y cuál es el camino que debemos seguir para aspirar á reunirnos con él en la mansión celestial.

Jesucristo, al subir á los cielos, partió de la cima del monte de las Olivas: partió junto al huerto de Getsemani; es decir, se elevó hacia los cielos, en el sitio mismo en que se prosternó en tierra; desplegó su majestad de Rey, allí donde había sido maniatado como un esclavo; fué recibido por los ángeles, en donde se vió cercado por viles satélites; apareció en todo su poder de Dios, allí donde había agonizado como el más débil de los hombres, y completó su triunfo en donde había comenzado su pasión.

¿Puede haber algo más instructivo, más elocuente?... Por ese medio aprendemos, de la manera más clara é inequívoca, que no se puede seguir por el camino de la gloria, según el pensamiento de San Pablo, sino después de haberle seguido por el camino de los oprobios. Sabemos que no es posible compartir sus consuelos hasta después de haber participado de sus penas y dolores. Sabemos que no se puede subir al cielo sino después de haber subido con él á la cruz. Si sufrimos con él, con él seremos glorificados: si somos asociados á sus padecimientos, lo seremos también á sus consuelos.

Esta grande lección dada por el Hijo, ha tenido completa aplicación en la Madre. Si María se halla tan cerca de él en los cielos, es porque fué la que estuvo más inmediata á él en el Calvario. No ha sido

acclamada y colocada sobre el trono como Reina de los ángeles y de todos los Santos, sino porque fué la Reina de los mártires sobre la tierra. Si ha obtenido la parte más rica en la gloria y en las alegrías de Jesucristo, es porque más que ninguna otra criatura participó de sus ignominias y dolores. Así, dice San Bernardo, la historia de María viene á su vez á elevar la voz y á unirse á la historia de Jesucristo, para repetirnos la grande lección de que es preciso haber seguido á Jesucristo subiendo sobre su cruz, para tener el derecho de seguirle subiendo al paraíso. Mucho tiempo antes de su pasión y muerte, el Salvador y preceptor del mundo había dicho: «El que quiera seguirme, que renuncie á sí mismo; coloque su cruz sobre sus hombros, y marche en pos de mí.»

Para penetrarnos bien de esta enseñanza, no olvidemos que la cruz, entre los antiguos, era, como la horca y los patibulos modernos, el suplicio de los más viles y odiosos criminales. La cruz, hasta entonces, jamás había sido propuesta á los justos como el signo de la verdadera felicidad. Cuando el Hijo de Dios pronunció aquellas sublimes palabras que ninguna lengua humana había jamás escuchado, nadie comprendió un lenguaje tan nuevo como extraño.

¿Qué hizo, pues, el Hijo de Dios? Quiso añadir el acto á las palabras, el ejemplo á la lección. Él fué el primero en llevar su cruz, y de ese modo nos mostró á un mismo tiempo la necesidad y la manera de llevar á la vez nuestra cruz.

Pues bien; esa misma lección práctica, la reproduce hoy en el monte de las Olivas. Porque ¿ese monte no fué, en efecto, el primer teatro de su Pasión? ¿No fué en ese monte en donde aceptó en su oración la cruz de las manos de su Padre celestial? ¿No fué allí en donde comenzó á llevarla en su corazón, antes de llevarla sobre sus hombros? ¿No fué allí en donde la tierra regada con su sangre atestiguó su martirio, lo mismo que la vía Dolorosa y la cima del Gólgota? Aquí, pues, sin necesidad de palabras, y por solo el hecho más elocuente que ningún otro lenguaje, nos repite aquella importante doctrina é invitación: «El que quiera seguirme, que renuncie á sí mismo, que tome su cruz, la coloque sobre sus hombros, y marche detrás de mí.»

Así son condenados de antemano ciertos sistemas tan absurdos como funestos, que tienden á hacer que cese todo padecimiento sobre la tierra, y niegan con la mayor audacia la necesidad de llevar la cruz.

Y digo absurdos, ya que el mismo Jesucristo dijo: «Tendréis siempre pobres entre vosotros;» y añadió luego: todo hombre tendrá que

sufrir padecimientos y llevar una cruz durante su vida: *Tollat crucem suam*. Pues bien: ¿qué cosa más absurda, por no decir impía é insensata, que el pretender oponerse al cumplimiento de un doble oráculo que salió de los labios del Hijo de Dios? ¿Qué cosa más absurda que el pretender en nombre del Evangelio dar un solemne mentis al Evangelio mismo? No, hermanos míos; no será así: el cielo y la tierra concluirán antes de que quede sin efecto y resulte vana una sola de las palabras del Verbo encarnado. Ahí está la historia de la humanidad para garantizar nuestras aserciones.

Mientras haya hombres sobre la tierra, habrá pasiones, pecado y desorden; y por consecuencia, habrá también miserias, enfermedades, padecimientos físicos y morales, aun sin hablar de los castigos de Dios, que no faltarán.

La cuestión no podría ser, pues, más que de más ó de menos. La pobreza y los padecimientos, ¿encontrarán ó no alivio en los gobiernos y en el desprendimiento de la caridad? Ese es el problema que hay que resolver. Querer buscar otra cosa que paliativos, dulcificantes y la disminución del mal, es lo mismo que rebelarse contra una sentencia que no por eso dejará de tener cumplida ejecución; es querer realizar quimeras y cuanto de más absurdo han producido los delirantes sueños de la imaginación humana.

Debemos añadir que esos sueños no tan sólo son absurdos, sino que son también en extremo funestos. En efecto, la ciencia humana, la política humana, las leyes y las constituciones humanas, impotentes para curar los males que proceden de la voluntad, y más impotentes todavía para curar los que resultan de la naturaleza misma del hombre, no pueden asegurar á todo el mundo el bienestar y la felicidad que son el sueño de todos. En esas utopías se promete, pues, lo que á ningún hombre le es dado realizar: el bienestar y la felicidad. De ese modo se sobreexcitan la ambición y las aspiraciones febriles de la indigencia hacia su felicidad imposible, mientras que se la despoja de los bienes reales que son los que dan la tranquilidad, la resignación, la esperanza cristiana. Se despiertan en las masas horribles instintos, y para satisfacerlos no se las presenta más que el crimen y fantasmas. Así, tratando de realizar el bienestar corporal, se degrada y se embrutece á las almas, se las promete una mentida felicidad sobre la tierra, y se las coloca en la imposibilidad de conseguir la única felicidad verdadera, la del cielo. Se las hace olvidar sus destinos inmortales, y renunciar á la sociedad de los ángeles, para convidarlas á los goces de los brutos.

Los que, impulsados tal vez por un sentimiento generoso, han

emprendido semejante camino, deben tener mucho cuidado con lo que hacen. Han querido presentarse como los amigos de los hombres, librándolos de la cruz, y pueden muy bien llegar á ser sus más crueles enemigos, sus verdaderos verdugos, proporcionándoles irremediables tormentos. Ya lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo; sus esfuerzos tienden nada menos que á luchar contra un decreto divino, irrevocable é inflexible. La cruz es la condición imprescindible de la felicidad que nos espera en el cielo. Ese decreto, impreso ya y grabado en la constitución presente de la humanidad, ha sido sellado en la regeneración misma del hombre, ha sido escrito con la sangre misma de un Dios, y Jesucristo le ha llevado consigo al cielo como para guardarle en los eternos archivos, hasta el día en que el signo agosto de la cruz preceda al Juez Supremo al bajar de los cielos.

Creednos, hermanos nuestros; con grande repugnancia os repetimos estas terribles lecciones tan contrarias á las máximas del mundo, tan duras quizá y tan amargas para la delicadeza de algunas personas. Hombres también, y por vocación é inclinación amigos de los hombres, no quisiéramos, por todos los tesoros del mundo, aligir ni disgustar inútilmente á nuestros amigos, á nuestros hermanos. Quisiéramos, por el contrario, poder deciros sin engañaros, que no cuesta nada á la naturaleza el llegar á ser discípulos de Jesucristo. Quisiéramos poderos decir que halagando á la carne, procurando honores, acumulando riquezas, sometiéndose al mundo y á sus preocupaciones no criminales, y caminando por sendas risueñas y sembradas de flores, se puede llegar al reposo y á la felicidad del cielo.

Pero si usase ese lenguaje, en vez de ilustraros os engañaría, en vez de edificaros os escandalizaría, y os mostraría el camino de la perdición en vez del de la bienaventuranza. Daría en este día un mentis sacrilego á mi Maestro, que es también el vuestro, y á mi Señor y Dios, que es también nuestro Dios y Señor. Largo tiempo antes de su muerte había dicho, y me parece haberlo confirmado más y más el día de su Ascensión: «El reino de los cielos es el premio de la violencia, la recompensa de aquellos que para no temer ninguna violencia de lo exterior, comienzan por contrariarse á sí mismos.» El es quien puso por condición esencial para nuestro alistamiento entre sus discípulos, y para nuestra participación en su victoria y en su triunfo, estas tres cosas indispensables: la abnegación de sí mismo, *el llevar la cruz*, y la imitación de los ejemplos del Redentor. La huella de sus pasos marcada en el antiguo teatro de su agonía, el signo de la cruz con el que da á los discípulos su suprema bendición,

permanecen como sus últimas notificaciones de la irrevocable sententia. Lo único que puedo decir para consolaros es que, marchando en pos de Jesucristo, veréis á la fe perder sus dificultades, á la ley sus repugnancias, á la penitencia sus amarguras, á la piedad sus tristezas, al camino de la salvación sus espinas, y á la muerte sus horrores. Puedo hablarlos así con toda seguridad y con toda autoridad, porque Jesucristo mismo es quien ha dicho: «Mi yugo es suave y mi peso ligero.» He ahí porqué, á mi parecer, Jesucristo no quiso dejar definitivamente la tierra el día de sus angustias y de su muerte. Desde su resurrección hasta el día de su partida á los cielos, todo fué calma y serenidad en él y en derredor suyo: jamás se apareció á sus discípulos sin desearles y darles la paz. He ahí porqué sin el auxilio de criatura alguna, y sin ningún esfuerzo de su humanidad, se elevó hacia los cielos. Hubiera podido elevarse en medio de truenos, relámpagos y tempestades. Pero entonces no nos hubiera dado esa grande enseñanza que nos da la apacibilidad de su triunfo. Porque si los esfuerzos, la lucha, las torturas, son la condición del triunfo, la virtud divina que resplandece en nosotros por las operaciones de la gracia, cuando á Dios place, nos eleva tanto sobre la naturaleza, que las tempestades, los terrores, las persecuciones, las angustias y los dolores pasan como si no lo fuesen, y entonces, impelidos por la gracia divina, nos elevamos hacia un mundo superior, con mucha mayor facilidad que con la que caemos en virtud de nuestra pesadez ó gravedad natural hacia las cosas ó lugares inferiores.

Considerad, pues, hermanos míos, con los ojos de la fe el grandioso y magnífico espectáculo que nos presenta la Iglesia militante viajando por la tierra, siguiendo las huellas del Salvador, antes de llegar á ser, por su libertad, la Iglesia triunfante. A su cabeza se halla Jesucristo, que desde lo alto del Calvario, y señalando su cruz, va repitiendo esta grande lección: «El que quiera seguirme, que renuncie á sí mismo, que coloque sobre sus hombros su cruz, y siga mis pasos.» Inmediatamente después sigue la augusta María, su divina Madre, llevando la cruz de sus dolores materiales, tan pesada como la corona de sus privilegios, de sus méritos y de sus virtudes. Vienen en seguida los Apóstoles con la cruz de su apostolado, los mártires con la cruz de sus tormentos; los doctores con la cruz de sus estudios y de sus luchas contra el error; los confesores con la cruz de sus pruebas y de las persecuciones de toda especie; las vírgenes con la cruz de sus privaciones y mortificaciones, coronada con el lirio de su pureza; los penitentes con la cruz de sus vigiliás, de sus tentaciones, lágrimas y austeridades; y, en fin, la innumerable multitud

de los fieles adoradores del verdadero Dios, todos los justos, todas las almas puras y santas de los dos Testamentos, todos los verdaderos discípulos de Jesucristo, de toda edad, de todo sexo, de toda condición, con las diversas cruces de todos sus heroísmos públicos y secretos, de todas sus penalidades interiores y exteriores, de todas sus privaciones, de todos sus enemigos, de todos sus desamparos. Entre esa inmensa multitud de fieles que marchan en pos del Hombre-Dios, no hay uno solo que, cargado con su cruz, no presente á un mismo tiempo el signo del dolor marcado sobre su frente, la tristeza del dolor impresa en su rostro, las lágrimas del arrepentimiento en sus ojos, las huellas de la penitencia en su cuerpo, y las llagas de la abnegación en su corazón.

Mas al mismo tiempo observad también ¡cuán radiante brilla en esa santa caravana el júbilo sincero ¡sin ningún temor!... ¡Cuán intrépida es su marcha, y cuán seguro su paso!... No os asombréis; sus intenciones son puras, y se fijan siempre sobre el objeto único y perceptible para los ojos perspicaces de su corazón. Sus sentimientos son sublimes: nada contiene ni retarda el vuelo de esas palomas afectuosas, que con ala segura se lanzan hacia Dios. Su vida es perfecta; y no tienen temor de aspirar á cosas demasiado elevadas, ni de tomar por modelo un tipo demasiado perfecto, en la escuela del que ha dicho: «¡Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial!»

No, no; nada debe asombrarnos aquí: la fe es la base de todo el edificio de su virtud; la fe es el primer motor de todos sus movimientos; la fe es la vida de su vida. La confianza, nacida de la fe, los sostiene; el ejemplo de Jesucristo, autor y consumidor de la fe, los alienta; la caridad, transformación de la fe que obra por amor, la caridad los hace superar, devorar, por decirlo así, todos los obstáculos: el espíritu de Dios, espíritu de fuerza á la par que de dulzura, es para ellos una unión que consuela, llama que depura y santidad que adorna.

¡Cuán augusta, cuán amable á los ojos de Dios y de los hombres es esta santa sociedad de los elegidos de Dios, viajeros de la tierra y ciudadanos del cielo!... ¡Oh! ¿quién os proporcionará á vosotros, á mi, á todos nosotros, marcados con el sello de Jesucristo, quién nos proporcionará el ser incorporados á él? ¿No podemos al menos, aun cuando seamos hijos degenerados del Padre común, no podemos al menos deslizarnos en esas gloriosas filas, á favor de la sombra de la cruz, por la tolerancia de esa tierna Madre, que no quiere que perezca ninguno de sus hijos?... ¡Apresurémonos; todavía es tiempo de ser inscritos en esa augusta milicia!... Si no podemos ocupar un lu-

gar entre los inocentes y las vírgenes, podemos y no depende más que de nosotros, ser admitidos entre los penitentes. Nadie está excluido: todo hombre es invitado, llamado al séquito de Jesucristo, con tal que se presente con la cruz sobre los hombros, la abnegación en el corazón y en los labios, y la resolución de marchar por los mismos pasos de Jesucristo, expresada por todos los actos de su vida.

¡Dichosos, hermanos míos, si la muerte nos sorprende en medio de esa santa sociedad, en ese camino en apariencia tan áspero, tan escarpado, tan impracticable, pero en realidad tan tranquilo, tan seguro, tan delicioso!... Ese es, en último resultado, el único camino que conduce al cielo. No dilatemos, pues, el entrar en él, porque cuando hayamos tenido el valor de seguir á Jesucristo en el Calvario, en su cruz, en su dolor, en su humillación, en su muerte, seremos admitidos á participar de su eterna gloria, de su eterna vida: *Si compatimur, ut et conglorificemur*. Así sea.

PENTECOSTÉS Ó VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

*Emitte Spiritum tuum, et creabuntur;
et renovabis faciem terrus.*

Enviad vuestro espíritu, y todo será creado, y renovaréis la faz de la tierra.

(SAL. 68. 30.)

Hablando de la tierra que la omnipotencia de Dios acababa de sacar de las profundidades de la nada, hermanos míos, el historiador sagrado nos dice que estaba vacía y estéril, y que, rodeada de densas tinieblas, no era más que caos y abismo. También se ha dicho que el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas, como para fecundizarlas. Así, la virtud del espíritu de Dios no debió permanecer extraña ni á la creación de la luz y de los astros, ni á la fecundación de las plantas que revistieron el globo terrestre.

Esas profundas palabras, históricamente verdaderas, eran también